

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

En este Tranco delicioso –por qué callarlo? Por qué ocultar los sentimientos cuando estos afloran, o se manifiestan plenos y abundantes?- nuestro preclaro escritor se solaza con el tema que le es caro y sustantivo, el tema que lo ha hecho viajar por el mundo en busca de soñadas aventuras, el tema que lo convierte en un íncubo intranquilo; sí, ese tema que, al leer sus historias, se presenta ante nosotros “in púribus” y por lo tanto no existe ya ningún secreto que valga; sí, el tema que a nuestro autor le provoca espasmos malignos, fríos pavorosos, calores inconsecuentes, delirios ultramontanos, calosfríos ignotos, temblores paricutinescos, tema que le produce miasmas y todos los males/bienes que suelen presentarse ante el abuso de pasiones insospechadas, males/bienes que llegan ante la práctica abundante de la lujuria y la actividad desenfrenada de los sentidos.

¡Momento! este tres H Consejo Editorial, que conste, y poniendo en práctica su poder de deducción, y por lo que el señor Bracho nos comunica, aclaramos, sacamos conclusiones que puede que se acerquen a lo arriba descrito. Sí, no vamos a inventar nada. Bien dicen los clásicos que por su escritura se conoce el alma del individuo. Nosotros, editores impolutos, echando nuestro cuarto a espadas, nos atrevemos a pensar que esos males pueden producirse en el cuerpo y espíritu de nuestro citado escritor, pensamos. Pero basta de andar por las ramas, basta de hacer elucubraciones, basta de entrar de manera tan peligrosa en la intimidad de una persona, basta de hablar de algo sin tener –como el vulgo dice– los pelos de la burra en la mano. Toquemos tierra, bajemos a los límites naturales y veamos lo que el maestro Bracho nos cuenta:

Juro que yo no tenía ninguna mala intención –entendiendo por “mala” el desear con ímpetus sarracenos a la mujer casada-. No, me había prometido a mí mismo permanecer sordo y mudo y sin vista; la razón era bien simple: ella estaba recién casada y yo no quería entrar ni pisar ningún terreno peligroso, vean porqué, su cuerpo que parecía de sirena recién salida del mar, sus curvas voluptuosas me hacían viajar en viajes febriles, su boca, que al hablar, yo imaginaba luchas clandestinas, y besos que conducen a las puertas del infierno, y su voz, su voz que es coro cantado en el séptimo cielo, y sus brazos, oh, maravilla de brazos, cuando me hablaba y cuando los movía yo pensaba que lo hacía para atraparme, para abrazarme con fuerza y no poder salir del cerrojo carnal, y sus manos, cuyos dedos traviesos rasgaban el aire, y un deseo incontenible de tomarlos entre los míos me atormentaba; imaginen ustedes la angustia por no caer en la tentación de cada día, la lucha titánica por no sucumbir ante el embrujo de su lengua que asomaba como fuego y luego se escondía en su risa para volver a atacar a mi débil configuración de hombre ciudadano, vulnerable a todo embate de mujer bella y tentadora.

Esa noche ella había charlado tan solo unos momentos, dijo unas cuántas palabras; conmigo tenía confianza y me tomó el hombro para afirmar su dicho, pero al hacerlo yo sentí que eso era una señal secreta, que ese era el signo y la clave para seguirla, para no abandonarla. Algo dijo que a mí me interesó mucho –aparte del guiño en el hombro– y me propuse el continuar con la pícaro idea que mi amiga había introducido, y con ello investigar si lo que yo había supuesto era una verdad lasciva. Borré de mi vista a todos los presentes, no tenía más que su figura en mis ojos. No escuchaba a nadie más que a ella. Yo había mordido el anzuelo, el que yo pensaba que me había lanzado. Ahora se presentaba la ocasión magnífica de saberlo, tenía ante mí la oportunidad de llegar a la verdad, ahora estaba yo cerca de comprobar si el toque en mi hombro no fue casualidad sino una señal proditoria, calculada y fría. Allí estaba ella, con ese vestido tan ligero que cada uno de sus movimientos aceleraba más y más mi pulso, me hacía explotar las venas. Qué hacer? Cómo empezar el ataque? De qué manera hacerlo para que nadie notara el paso redoblado de mi vanguardia militar? Cómo llegar a ella, raptarla, y huir por las calles desiertas de la ciudad? Lo primero que hice

fue invitarle otro martini seco, ella los prefería así, y a mí también me seducen pues el beber tres o cuatro de esta bebida maligna facilita los ataques y permite que la plaza asediada ceda ante la presión. Lo tomó con gusto a cada sorbo me miraba con perversión, con malignidad. Cuando ella dijo algo –no recuerdo qué, mi mente, recuerden ustedes, estaba en pleno reconocimiento y todos los sentidos puestos en la toma de la fortaleza–, yo reí mucho de ello, valía la pena hacerlo; ella, claro, se sintió halagada al saber que podía provocar esa actitud, y ni tardo ni perezoso inicié la guerra, yo también le tomé el hombro, lo hice con toda mi mano, lo hice con fuerza pero con movimiento lúdico.

Como ella y yo estábamos enfrascados en una comunicación secreta, las personas que formaban nuestro pequeño grupo, al ver que poco los tomábamos en cuenta, se fueron haciendo a un lado, o estableciendo entre ellos otra charla. Por fin solos. Por fin en aquel lugar, era una galería de escasa dimensiones, los concurrentes se encontraban haciendo su círculo, nosotros, ella y yo solos. Por el escote salían las líneas redondas del mundo. Ella me pidió un cuarto y último martín: –Ni uno más–. Preparé el cuarto –vaya número–. Yo le dije que era necesario hacer un brindis, un brindis –ya no podía detenerme, ya la carrera estaba en su apogeo– por el amor, así en “abstracto”, por el amor. Antes de tomar un trago más, dijo, que sí, que le parecía una idea magnífica brindar por el amor. –Tu empieza–, le dije. Quizá al hacerlo me diera alguna pista que me hiciera más fácil el trabajo lúdico.

–Bien, va –dijo. Su mirada era ya de una intensidad sideral: –Brindo para que el amor llegue con fuerza a uno, porque –no me importa si dura mucho tiempo el arrobamiento, o no–, la fuerza, el vigor, lo rudo, parece que está ausente de muchos hombres e infinidad de mujeres. Hoy amigo mío, todo parece estar tocado por la nada, hoy, todo es light, los besos light, el amor light, la pasión no está presente en las relaciones humanas. Yo detesto lo blando, lo ligero –salvo mi ropa–, detesto la levedad en el amor, quien me dé amor salvaje, amor grande, amor con fuego, me puede tener...así de simple– Y clavó sus ojos en los míos. La tomé de la cintura, mi brazo la recorrió años enteros, mi boca casi le arranca un pedazo de carne de su brazo. Mi lengua descubrió néctares nocturnos y malévolos, mis manos encontraron playas desiertas y selvas milenarias,

mis dedos arribaron a sus plácidas circunferencias, y estuvieron miles de años aferrados a su vientre. La electricidad de los cuerpos desnudos producían rayos, truenos y centellas. El universo entero entró a nuestra habitación. Ahora su risa estaba cerca de mí, mi oído era el receptor de sus chasquidos y de su lengua voluptuosa. Ahora mis muslos estaban en actitud de zafarrancho, los suyos, sus piernas esperaban con codicia mi ataque. Eran dos almas en combate, eran dos cuerpos trabados en una lid, eran dos bocas que no se cansaban de abreviar en ellas mismas, eran los dientes que se ensañaban con las carnes blandas, eran los labios que enrojecían cada vez más, eran las manos que no cedían ante nada y se posesionaban de todo aquello que pudiera despertar más la libido, eran dos amores fuertes que chocaban, eran dos –como ella había dicho en su brindis– batallas duras, sangrientas, interminables, toscas, rudas. Lo “ligero” no apareció nunca, aquella noche memorable borramos esa palabra del habla cotidiana.

El sol empezaba a brillar por el horizonte. Los dos nos habíamos quedado sin dormir, juntos, desnudos, muy juntos, contemplamos la aurora, sin hablar nada, sin decir nada –los “diálogos” de las pieles habían producido un cansancio–. Nos dimos un beso que fue, a no dudarlo, como si una palmera fuera arrancada de su sitio, como si una ola gigantesca nos hubiera pegado.

De este encuentro ha transcurrido ya más de un mes. Ni yo le he hablado, ni ella se ha comunicado conmigo. Creo que cuando hay un amor fuerte, duro, avasallador, no hay porqué ponerse de acuerdo en las futuras citas. Estas llegaron. Quizá yo sea el primero en hablarle, creo que sería lo mejor. Alguien cercano a nosotros me había comentado que su matrimonio no marchaba como debiera ser. No quiero meterme en asuntos que sólo conciernen a la pareja. Dejaré que pase otro mes, así las aguas tomarán su curso. Si ella no establece su relación adecuadamente, me lo dirá. Pero de lo que sí estoy seguro –y creo que ella también– es que cuando nos volvamos a ver otra vez estallará un amor rudo, salvaje.

De verdad. Mientras le mando a ella mi pensamiento lleno de vibraciones lúdicas. Espero que el tiempo corra rápido. Sí. 🐼